

Dvorak y la música negra

Por Néstor R. Ortiz Oderigo

El futuro de la música norteamericana se encuentra en las melodías negras.

DVORAK

Desde hace ya largos años, los compositores negros de los Estados Unidos se han percatado de que, en la opulenta cantera de la música folklórica, se encuentra una rica y generosa materia musical susceptible de ser utilizada en la composición de obras de amplia envergadura y de dilatadas ambiciones. Fue así como han ido abandonando una falsa posición de rechazo de sus auténticas tradiciones artísticas para darse a la tarea de imitar a los compositores europeos, posición que, desde luego, no respondía a motivos de orden artístico, sino a razones de carácter social.

Por otra parte, los músicos blancos buen tiempo hace que emprendieron idéntica ruta. Es así como podemos aseverar que, en la actualidad, existe toda una escuela de compositores que se sirven, en mayor o menor escala y con más o menos frecuencia, de los temas folklóricos para crear páginas sinfónicas, de cámara, vocales y aún óperas y oratorios.

No cabe duda de que el público de los Estados Unidos, y aún del extranjero, cobró verdadera conciencia de la existencia de la música afronorteamericana a través del famoso coro de los *Fisk Jubilee Singers*, que llevaron los *negro spirituals* a las cuatro esquinas del país y los pasearon por diversas capitales europeas. Pero la verdad es que el cultivo de las posibilidades de desarrollo del cancionero negro en el campo de la música llamada «cultura», sólo tuvo lugar cuando Dvorak visitó los Estados Unidos y, desde la dirección del Conservatorio Nacional de Música de Nueva York, instó a sus alumnos a la utilización de la temática del arte sonoro afronorteamericano como materia prima para la composición de obras de mayor aliento y con el objeto de crear una seria escuela musical estadounidense.

En este sentido, en un artículo publicado en el *Century Magazine*, el

autor de *Humoresque* expresó: «Me llevó a adoptar este punto de vista, en parte, el hecho de que las llamadas *plantation songs* constituyen, realmente, las melodías más sorprendentes y atractivas que se encuentran en esta parte del mundo (los Estados Unidos). En toda la gama de la composición no existe nada que estos temas no puedan brindar. Entre mis alumnos he descubierto a un negro de talento, en quien deposito grandes esperanzas».

No se equivocó Dvorak en cuanto a este «negro de talento», pues no era otro que Harry Thacker Burleigh, famoso barítono, compositor y arreglista de singulares valores, y quien, respecto de su vinculación con el músico checoslovaco, manifestó: «He tenido repetidas veces el privilegio de cantar para Dvorak varias *plantation songs* y, en especial, *Swing Low, Sweet Chariot*, que le agradaba en extremo».

Como ejemplo de lo que podía hacerse en este territorio, el autor de las *Danzas eslavas* escribió la

Quinta Sinfonía, op. 95, llamada *Del Nuevo Mundo*; el *Cuarteto Americano en fa mayor*, op. 96, y el *Quinteto en mi bemol mayor*, op. 97, obras en las que los motivos de origen negro constituyen su base. En el segundo tema del primer movimiento de la Sinfonía en sol menor, aparece parte del *negro spiritual* citado por Burleigh.

Innecesario es decir que la idea de crear páginas «artísticas» sobre la base del temario de la música folklórica no es una invención de Dvorak. En todos los tiempos y en todas las latitudes, los compositores recurrieron a los jugos del folklore para beber inspiración. Rusia tuvo a Glinka y al famoso grupo de los «Cinco»; Noruega, a Grieg; Finlandia, a Sibelius, etc. Pero la verdad es que en los Estados Unidos no ha aparecido todavía el compositor capaz de estilizar y desarrollar las melodías folklóricas conservando su aliento y su lozanía.

Antes del surgimiento de Glinka, el magnífico acervo de la música



«Ma» Rainey